

Miedo y libertad en el liberalismo político de Judith Shklar

Paloma de la Nuez | Profesora de Historia del Pensamiento de la Universidad Rey Juan Carlos.

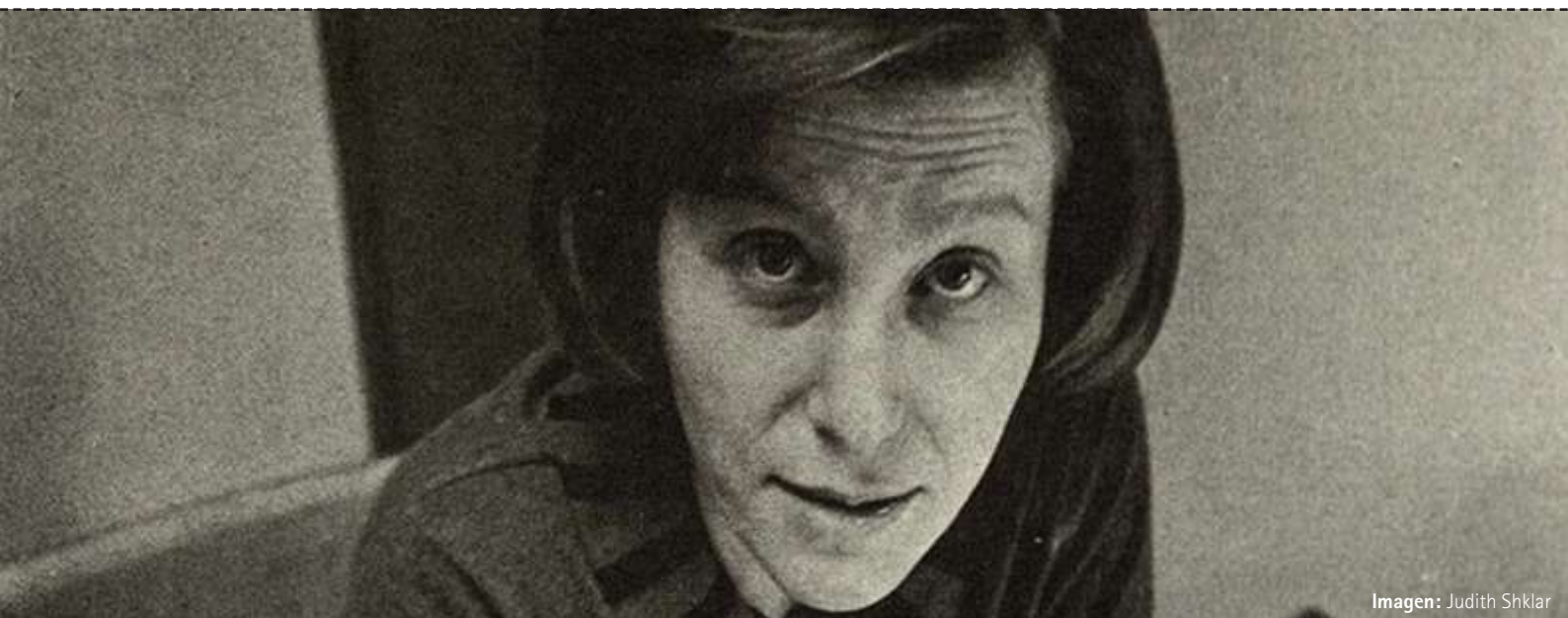


Imagen: Judith Shklar

Resumen

El pensamiento político de la que fue profesora de Harvard, Judith Shklar (1928-1992), autora de un breve y célebre ensayo sobre el liberalismo del miedo, viene suscitando desde hace ya unos años, un gran interés, dentro y fuera de la academia.

Es por ello que analizaremos en qué consiste su liberalismo del miedo y su tesis de que la crueldad es el mayor mal (*summum malum*) que una sociedad liberal debe evitar a toda costa. Veremos también cómo se conecta todo ello con su teoría de la injusticia y con su firme convencimiento de la necesidad de escuchar a las víctimas y de tener en cuenta la auto-percepción de su sufrimiento.

Asimismo, señalaremos la relevancia que la autora concede a una ciudadanía responsable y comprometida que luche contra la apatía y la indiferencia de muchos ciudadanos de nuestras democracias actuales que contribuyen así a una suerte de “injusticia pasiva” con

consecuencias morales y políticas.

En definitiva, se trata de comprender qué puede aportar hoy el pensamiento político de Shklar a la renovación, tan necesaria, de la democracia liberal. No en vano, como ella misma escribiera, se trata de recuperar la fe en las virtudes morales del liberalismo.

Pensamiento político

El pensamiento político de J. Shklar está alcanzando cada día que pasa un mayor reconocimiento, a pesar de que debido a su repentina muerte no pudo elaborarlo ni desarrollarlo completamente, lo que es una lástima porque el estudio de su obra inacabada revela nuevas y originales perspectivas, así como ideas fecundas, no sólo en relación a la teoría política en general -que era a lo que ella se dedicaba- sino a la teoría política liberal en particular. En concreto, sus aportaciones se refieren a las condiciones (políticas, pero también psicológicas) necesarias para la libertad política.

Sin embargo, nuestra autora no pretendió nunca, y así lo dijo en varias ocasiones, construir un sistema de pensamiento coherente y sin fisuras que ofreciera soluciones a todos los problemas. Como buena escéptica, desconfiaba de esos intentos y, además, ella nunca quiso seguir modas ni corrientes intelectuales. Hacia una teoría política muy libre.

Shklar prefiere pensar sobre temas antiguos, pero desde nuevas perspectivas o sobre temas nuevos (que han sido poco tratados en la teoría política); pero siempre indicando que no pretender llegar a conclusiones fijas o inmutables, y que ella a veces está tan perpleja como sus posibles lectores. Las cosas son muy complicadas y no hay soluciones simples.

Ahora bien, en nuestro país, hasta hace poco no sabíamos mucho de ella. Era conocida, sobre todo, por un breve ensayo titulado *El liberalismo del miedo* que tuvo cierta repercusión cuando apareció en 1989, aunque en España, no se ha traducido hasta 2018, hace apenas unos años.

Pero, prueba de este renovado interés por su obra, es la cantidad de artículos, libros, tesis doctorales, simposios, congresos etc. que se vienen celebrando en los últimos tiempos, dentro y fuera de nuestro país. Interés que se refleja también en las nuevas traducciones al español de otras de sus obras como *Los rostros de la injusticia* (traducida en 2013 por la profesora Alicia García Ruiz) o su tesis doctoral: *Después de la utopía. El declive de la fe política*, publicada en español en 2020. Pero es que, además, la editorial Página Indómita, que está publicando a grandes pensadores e intelectuales, anuncia la publicación en 2021 de otros ensayos de la autora.

Probablemente, la recuperación de su obra obedezca a dos motivos:

1.- Como ella misma escribió: **las ideas políticas responden también a necesidades afectivas, a un momento emocional determinado**, y en este caso es su pensamiento el que responde a un clima emocional donde destaca una emoción por encima de otras: el miedo (anterior a la pandemia, pero ahora exacerbado por ella), que es la emoción que a ella más le interesa. Porque si

- como ella también afirma- **los cambios sociales producen en nosotros cambios emocionales**, parece bastante claro que la profundidad y la rapidez de los cambios de nuestro tiempo han producido y producen mucho miedo. Y a pesar de que vivamos en una de las épocas más seguras de la historia, la realidad es que hay mucho miedo, y prueba de ello es que se está escribiendo mucho sobre esta emoción.

2.- En segundo lugar, el interés por la obra de Shklar puede deberse también al nuevo paradigma que se ha impuesto en las últimas décadas en las ciencias sociales (incluida la ciencia política), que podemos calificar como una suerte de “giro afectivo”. De acuerdo con este giro afectivo, **los sentimientos humanos son un elemento fundamental de la política**, por lo que el estudio de la dimensión política de las emociones es muy necesario. Con ese fin, se recupera la obra de autores, tanto del pasado como del presente, que estudian la dimensión política de los afectos (emociones, sentimientos o pasiones) y ahí entra Shklar, porque ella trabaja sobre una emoción y porque le interesa enormemente la psicología política y moral. Para la profesora de Harvard, el científico social debe intentar comprender la psicología humana, el comportamiento del hombre y sus motivos, porque **es interesante saber qué carácter necesita una democracia liberal para funcionar bien**, aunque no deja de advertir que la psicología humana es variable e irracional.



Imagen: Judith Shklar en su juventud

Por eso, otra de las características de su obra es su sensibilidad literaria. Ella no duda en acudir a las grandes obras del arte y la literatura occidentales extrayendo ejemplos de lo que quiere decir de la pintura, la novela o el teatro, porque muy a menudo allí se encuentran los matices y las sutilezas que faltan en la filosofía o la teoría política y que iluminan nuestro pensamiento.

Asimismo, conviene señalar que el que la autora eligiera una emoción, como el miedo, como fundamento del liberalismo que ella defendía es, en parte, el fruto de una experiencia trágica. Como se ha señalado a menudo, su reflexión política está muy ligada a las circunstancias que le tocaron vivir siendo solo una adolescente.

Shklar pertenecía a una familia acomodada de cultura alemana y origen judío asentada en Riga. En 1939, ante el antisemitismo rampante, la amenaza de los totalitarismos nazi y soviético, deciden salir del país. Seguramente por todo esto, le interesaron siempre los asuntos que tuvieran que ver con la emigración, el exilio y los refugiados (temas, además, poco tratados en la teoría política y a los que precisamente se estaba dedicando cuando le sorprendió la muerte).

Está claro que ella nunca olvidó los horrores del siglo XX; al contrario, **su liberalismo no es un liberalismo de la esperanza, sino un liberalismo de la memoria.** La memoria de la crueldad: “En la historia hay más horror que felicidad -escribe- y ya sabemos de lo que somos capaces”. Por estas características de su liberalismo a veces se la incluye en el llamado “liberalismo de posguerra”, más conservador y pesimista, aunque, como veremos más adelante, ella no se identificaba con ese tipo de liberalismo.

Ahora bien: ¿a qué tipo de miedo se refiere nuestra autora? Porque el miedo es una emoción humana natural y, por tanto, universal, necesaria para la vida y que, evidentemente, no se puede ni se debe eliminar completamente. Lo que ocurre es que ella a lo que se refiere es al miedo político. Es decir, al miedo que provoca en los individuos el poder político, el Estado. Además, los medios de los que hoy en día disponen los Estados son más preocupantes que nunca (pensemos en las posibilidades que les ofrecen las nuevas

tecnologías o la inteligencia artificial). **El Estado es el que tiene la mayor capacidad de hacernos daño, de tratarnos con crueldad, de hacernos sufrir.**

Precisamente, la crueldad es para ella el mayor mal, el que hay que evitar a toda costa; el peor de los vicios humanos como ella aprendió de su admirado Montaigne, que sabía bien lo que era porque vivió las guerras de religión. Por eso, para Shklar, el fin de fundamental de la política es luchar contra ese mal. Porque **si ponemos la crueldad primero, si basamos en su rechazo toda la teoría liberal, estaremos mejor preparados para defender nuestra libertad.**

Fijémonos en que no se trata de buscar el mayor bien, ni mucho menos la perfección. Ella es muy escéptica en política. La política no puede ni debe arreglar todos nuestros problemas. No cree en las teorías del progreso ni en la utopía. **Su liberalismo es más realista. De lo que trata es de controlar daños. Según ella, se trata de “una especie de receta para la supervivencia”,** un liberalismo muy básico y esencial, aunque veremos que, en realidad, acaba siendo más que eso.

Además, ese “liberalismo de mínimos” tiene la ventaja de que, al defender una “moralidad negativa”: evitar el daño más que promover algún tipo de bien, hace que sea mucho más fácil ponernos de acuerdo, porque es más sencillo identificar lo que es un mal y lo que debe ser evitado, que lo que es el bien o en qué consiste la virtud o el ideal de vida buena. Máxime en una sociedad en la que la experiencia enseña que el pluralismo ético, cultural, intelectual y psicológico es un fenómeno infinito e irreductible que hace imposible el consenso sobre valores últimos. Es decir: **es mucho más fácil ponerse de acuerdo sobre el mal que hay que evitar, en este caso la crueldad y el miedo que provoca.** Todos comprendemos eso. **Para ella, la capacidad de todos los seres sensibles de sentir miedo y dolor es una certeza empírica: Nadie quiere ser sometido a tratos crueles.** “Nadie en su sano juicio puede desear la tortura, la violencia, la crueldad, la muerte”.

Pero ¿en qué consiste exactamente esa crueldad?

La crueldad es una ofensa a la humanidad que consiste en infligir deliberadamente un daño físico, pero también psicológico, a una persona o grupo más

débil para obtener un fin. Normalmente esa crueldad la inflige el más poderoso, el Estado, que la provoca como instrumento de dominación y represión, ya que la crueldad y el miedo que suscita acaban con la seguridad, la confianza en uno mismo y en los demás; el bienestar y la felicidad de los individuos y de la sociedad. Es decir, **el miedo es incompatible con la libertad. No se puede ser libre si se vive con miedo. El miedo es la peor condición moral.**

Afortunadamente los que vivimos en regímenes democráticos no experimentamos ese tipo de miedo, incluso terror, que aún en muchas partes del mundo siguen provocando los Estados que violan sistemáticamente los derechos humanos, pero **hay otros miedos, también dañinos para la convivencia que pueden provocar las autoridades públicas (políticos y funcionarios)** de muchas otras maneras, incluso en una democracia. Pondremos algunos ejemplos de la propia Shklar: a) hay miedos provocados por la arbitrariedad y los actos extra-jurídicos de las autoridades públicas, b) miedos provocados porque esas mismas autoridades incrementan los niveles de fanatismo y dogmatismo, c) porque imponen con amenazas la conformidad con ciertas creencias y hasta con cierto tipo de vocabulario, d) por la falta de orden, de seguridad y de solidaridad provocada por la negligencia de los funcionarios, e) o porque esas autoridades no han hecho nada para proteger a sus ciudadanos defraudando sus legítimas expectativas. Porque los individuos cuentan con ciertas expectativas razonables respecto a los poderes públicos: que los funcionarios los tratarán con equidad; que no habrá arbitrariedad o inseguridad; que se cumplirán las promesas; que el Estado los protegerá etc. Es decir, **el miedo puede ser la consecuencia de un gobierno inactivo que abandona a su miedo a los más débiles**

(la injusticia pasiva de la que luego hablaremos) y/o de una ideología que se pone al servicio de la injusticia. De este modo, se puede acabar generando una sociedad de miedosos y temerosos; una sociedad en la que no se pueda ser libre.

Como buena liberal, Shklar afirma que **la libertad es el bien supremo, el ideal, el mayor bien. Consiste en poder perseguir sin miedo los propios fines** y vivir de acuerdo con los principios, creencias y valores de cada uno; que cada uno decida cómo quiere usar su libertad. Su defensa de la libertad está muy ligada a la defensa y promoción de la tolerancia, la diversidad social, de opiniones y de hábitos. Ella es una defensora acérrima del pluralismo y profundamente anti-nacionalista.

Recelaba de todas las ideologías que sometían el individuo al grupo o a la comunidad; que le exigían una lealtad excluyente, que rechazaba el pluralismo y que en ocasiones abocaba a la irracionalidad y la xenofobia. Ella, precisamente, en lo que incide es en la diversidad y heterogeneidad de las sociedades y de los Estados. Y cree que **lo que se necesita es más sentido de obligación política al Estado de Derecho y la justicia, que lealtades de grupo.** Todo lo que sonase a política identitaria, a identidades nacionales le producía mucho rechazo.

Asimismo, recuerda que la historia del nacionalismo no es muy alentadora y que el liberalismo es, y ha sido siempre, cosmopolita. De hecho, el suyo, que se basa en una emoción universal, tiene vocación de serlo. Al ser el miedo una emoción que se siente individualmente pero que siente todo el mundo, su liberalismo no acepta el relativismo y pretende ser universal. La ventaja que tiene es que la experiencia



Imagen: Europa de Posguerra

del miedo es inteligible para todo el mundo por lo que puede provocar un consenso universal.

Por otro lado, ese miedo contra el que debe armarse el liberalismo está conectado también con lo que ella llama su “teoría de la injusticia”. Hemos visto que no se puede ser libre si se vive con miedo. Pero no sólo eso, sino que **vivir con el miedo provocado por los poderosos es también sumamente injusto**. “Es injusto provocar en las víctimas determinados sentimientos como el miedo, la ira, la frustración o resentimiento”. Porque el miedo genera muchas otras emociones negativas que pueden arruinar nuestro proyecto de vida e impedir nuestra felicidad.

Sin embargo, ella cree que ni la filosofía ni la teoría política se han preocupado especialmente por estos asuntos, tampoco por la injusticia, y mucho menos por “el sentimiento de injusticia” que es previo a cualquier reflexión teórica. Que es un sentido moral común y universal. Porque cuando experimentamos la injusticia, sabemos bien lo que es. Se trata de una experiencia directa, inmediata y emocional que todos reconocemos. Todos sabemos lo que es sentir que algo es injusto.

No obstante, las teorías de la justicia tradicionales no lo han tenido en cuenta. La idea convencional de la justicia es que es injusto lo que infringe la justicia normal y se pone más énfasis en el que viola la justicia que en el que padece la injusticia. Además, puede haber daños que no cubre la justicia formal. Por ejemplo, puede seguir existiendo discriminación incluso bajo buenas leyes. Lo que busca es acercarse a la realidad de seres humanos concretos, con sus sentimientos particulares.

Pero lo más grave es que la justicia normal o legal no solo no se ha preocupado por la injusticia, sino que tampoco lo ha hecho por los que la sufren; no ha colocado a las víctimas de la injusticia en el lugar que les corresponde. Esa no ha sido su prioridad, sino que sus preocupaciones han sido utilitaristas: mantener la estabilidad y el orden social.

Para Shklar, eso es un grave error porque **ninguna democracia debería ignorar el sentido de la injusticia que es la forma en la que los individuos**

perciben la vulneración de sus derechos. De ahí, otra de las ideas más relevantes y conocidas de la autora: **hay que escuchar a las víctimas: “La manera en que los ciudadanos perciben sus desdichas no puede ser ignorada”**. Y nos recuerda que no atender las quejas de la injusticia supone un peligro incesante para la sociedad y que no solo hay que abordar las causas de su sufrimiento, sino que debemos conocer la autopercepción de las víctimas porque de esa percepción aprenderemos mucho sobre la injusticia. **Su sufrimiento, dice, no es sólo un fenómeno psicológico sino también político**.

No obstante, hay que hacer una aclaración: ella misma reconoce lo difícil que es tratar el tema de las víctimas, pues tampoco por ser víctima se tiene siempre razón. No hay que idealizarlas, pero en todo caso, sea como fuere, lo que sí hay que hacer es atender a sus sentimientos y tener en cuenta su perspectiva.

Vemos que hacer teoría política desde la perspectiva de las víctimas, de los excluidos, de los exiliados o refugiados era algo absolutamente nuevo y original a lo que ella quería dedicarse, y constituye una de sus aportaciones, no acabada, más interesantes.

Hasta aquí hemos hablado de una de las fuentes del miedo, el poder político, pero hay otras fuentes de la injusticia y del miedo: por ejemplo, ella cree que las desigualdades de poder social y económico tienen consecuencias: no se tiene la misma idea de la justicia estando arriba o abajo de la jerarquía social. Además, **todo lo que distancia a unos ciudadanos de otros favorece la crueldad**. Por eso, en las sociedades cada vez más polarizadas en las que vivimos cada vez más aislados unos de otros, es más fácil que cunda el trato cruel; el desprecio, la humillación y la indiferencia son formas de la crueldad, porque no se es cruel con los que viven y son como nosotros. Es decir, **el miedo y la injusticia puede sufrirse también como consecuencia de las desigualdades sociales** o incluso por el mismo funcionamiento del mercado -por eso, entre otras cosas- ella no es una neoliberal a los que, además, estudia y crítica (señaladamente a Hayek).

Es por esto que su liberalismo ha sido calificado como un liberalismo con tintes socialdemócratas (o como un liberalismo compasivo que debe mucho a otro de sus

autores favoritos, Rousseau), aunque nunca cuestionó la propiedad privada ni la economía de libre mercado, que consideraba fundamentales para reducir, limitar y dispersar el poder, y tampoco estuvo nunca a favor de ningún tipo de paternalismo.

Además de esta, otra fuente del miedo es la que se refiere a la indiferencia de los ciudadanos: los ciudadanos que pudiendo hacer algo para remediar esos males, no hacen nada. Es lo que ella llama, aunque sus orígenes se pueden remontar a Cicerón, la injusticia pasiva.

En la lucha contra la injusticia no solo es suficiente la ley y las instituciones -por muy importantes que estás sean- **sino que también es especialmente relevante el carácter, la conducta y el comportamiento de los ciudadanos.** Ella afirma que (aunque tenemos capacidad para sentir el dolor ajeno) la mayoría de nosotros somos indiferentes a las desgracias de los demás y preferimos no hacer nada. Dice que nuestra empatía, en las democracias desarrolladas en las que vivimos, está atrofiada. Y esto es grave porque **el ciudadano indiferente, que observa pasivamente la humillación y el desprecio (que no olvidemos que son una forma de crueldad) e ignora las reclamaciones de las víctimas, causa un gran mal.** Cerrar los ojos ante la injusticia tiene consecuencias.

Esta conducta es una falta cívica, un vicio porque sin una ciudadanía comprometida, sin responsabilidad cívica, nuestras democracias no sobrevivirán. Parafraseando a Cicerón, **quien no evita o se opone a lo malo cuando puede hacerlo es también culpable.**

Lo que ocurre es que **el liberalismo es exigente.** Eso lo han sabido siempre los liberales. Requiere un tipo de carácter humano y ciertas condiciones psicológicas. Por ello hay que analizar cuáles deben ser las condiciones para que se dé ese compromiso moral; para que los ciudadanos corrientes no sean ni indiferentes ni cobardes; que comprendan que **nuestras elecciones morales no solo tienen consecuencias privadas sino también políticas.** En ese sentido, nos recuerda que no solo la educación, sino también el gobierno, las leyes y las instituciones moldean el carácter. Sin embargo, como ella misma escribe, para la democracia de todos los días, **“cada pequeña cantidad de decencia política, cuenta”.**



Imagen: Judith Shklar

En definitiva, podríamos decir que su liberalismo, a pesar del declarado escepticismo de la autora, alberga creencias morales y reclama, por ello, reformas y activismo. No es un liberalismo conservador. Es un liberalismo que incluso podría llegar a ser radical y, de ese modo, puede servir para la renovación tan necesaria del liberalismo de nuestros días.

Además, **Shklar creía que el liberalismo y la democracia eran inseparables (“un matrimonio fiel y monógamo”** – decía- aunque fuera de conveniencia) y defendía que “había que salvar la democracia para el liberalismo”. Creía sinceramente que **la democracia liberal era el régimen menos cruel de la historia y el que más ha conseguido minimizar el miedo político** gracias, en gran parte, al Estado de Derecho, la protección de los derechos humanos, la justicia independiente y la división de poderes de otro de sus admirados autores: Montesquieu, sobre quien, como en el caso de Rousseau, escribió un libro.

Pero también advertía de que la experiencia demostraba que **la libertad es un bien precioso, pero frágil, que nunca debe darse por supuesto.** En realidad, **la civilización es una capa muy fina y debajo están la crueldad y la violencia** que nunca podrán erradicarse del todo. Recordaba que la historia muestra que **el liberalismo es algo relativamente reciente y que se ha dado en pocas partes del mundo y nunca completamente.**

Por eso, como hemos visto, se necesitan buenos ciudadanos (y en esto, por cierto, coincidía con Alexis de Tocqueville): **ciudadanos que se comporten con dignidad,** que respeten al adversario; que no insulten

ni inciten al odio. Que vigilen que las normas de la justicia se cumplan; que obedezcan a las leyes y a las sentencias, y que respeten las instituciones y a las personas que las representan. Es decir, **ciudadanos vigilantes frente a la arbitrariedad y los abusos del poder**, que es lo que siempre ha defendido el liberalismo.

Cronología

Judith Nisse nace en Riga, capital de Letonia, el 24 de septiembre de 1928. En 1939 - debido al preocupante clima político y la amenaza del nazismo- la familia, de origen judío, decide abandonar el país pasando desde Suecia, por la Unión Soviética y Japón hasta llegar a los Estados Unidos, desde donde finalmente pudieron pasar a Canadá.

Una vez instalados en Montreal, nuestra autora estudiará Filosofía en la Universidad McGill y, una vez licenciada, será admitida en Harvard para hacer el Doctorado. Allí hará toda su carrera académica. En 1989 se convertiría, además, en la primera presidenta de la *American Political Science Association* (APSA).

El 17 de septiembre de 1992 muere repentinamente de un infarto dejando su obra inacabada.

Para saber más

Hess, A. (2014). *The Political Theory of J. N. Shklar. Exile from Exile*, Palgrave Mc Millan, Nueva York.

Shklar, J. (2020), *Después de la utopía. El declive de la fe política*, La Balsa de la Medusa, Madrid.

Shklar, J. (2018), *El liberalismo del miedo*, Herder, Barcelona.

Shklar, J. (1990), *Los rostros de la injusticia*, Herder, Barcelona.

Shklar, J. (1990), *Vicios ordinarios*, FCE, México.

Yack, B., ed. (1996), *Liberalism without Illusions*, University of Chicago Press, Chicago.



Imagen: Judith Shklar de joven

Síguenos en



hola@clubtocqueville.com
www.clubtocqueville.com

ISSN: 2696-712X

Papers extraídos de las sesiones del Seminario de Pensamiento Político organizado por el Club Tocqueville con el patrocinio de la Fundación Konrad Adenauer y la colaboración de GEDECO.

© Club Tocqueville y los autores.